

La revolución italiana

Domingo de Silos Manso

Cerca de sesenta millones de habitantes en trescientos mil kilómetros cuadrados. Un país en forma de bota, con una gran isla, Sicilia, al Sur, y otra, Cerdeña, camino de España. País pequeño pero extraordinariamente estirado: arranca de las nieves de los Alpes y el Tirol austriaco; acaba a la altura de Túnez, próximo a los desiertos árabes. Su geografía, su historia: un mosaico de reinos, repúblicas y Estados. Su variedad cultural, su unidad reciente, hacen de Italia un país muy diverso. Mucho se ha hablado del desequilibrio entre el norte y el sur de Italia, de las diferencias entre venecianos, lombardos, genoveses, florentinos, romanos, napolitanos, sicilianos, sardos... Diferencias que salen a la luz en los momentos difíciles.

La "revolución" actual arranca de Milán, capital financiera de Italia. Cabeza de una de las grandes regiones de Europa, se encuentra a setenta y cinco kilómetros de Lugano, trescientos de Ginebra y Zurich, cuatrocientos setenta y cinco de Munich, y a casi seiscientos de Roma y ochocientos de Nápoles. En kilómetros, Milán está más cerca de Berlín que de Reggio Calabria. El ambiente de la capital lombarda es discreto y recogido: a las ocho de la tarde, en la elegante vía Montenapoleone, a un paso del Duomo, el caminante puede escuchar sus propios pasos.

La geografía italiana es parca en recursos naturales. En compensación, Italia ha desarrollado un gran "capital humano": excelentes comerciantes, navegantes, banqueros, industriales, artistas. Gracias a la calidad de sus hombres, Italia se ha situado en el grupo de los siete países más industrializados del mundo, con el quinto-sexto producto interior bruto: detrás de Estados Unidos, Japón, Alemania y Francia, y en apretada carrera con el Reino Unido.

El italiano es maestro en transformar su inteligencia y creatividad en algo vendible. El paradigma es el diseño: automóviles, muebles, productos industriales y domésticos, moda. Un sector este último en el que Italia ha irrumpido en los últimos años con enorme fuerza: Valentino, Armani, Versace, Biaggiotti, Fendi; nombres hace poco desconocidos, hoy famosos. Otro paradigma es una cocina –pizzas, espaguetis– basada en materias primas baratas, que está llegando hasta los últimos rincones del mundo, haciéndose un hueco importante en el sector de la *fast-food*.

Domingo de Silos Manso es ministro plenipotenciario. Antiguo alumno de l'Ecole Nationale d'Administration de Francia y del Colegio de Defensa de la OTAN.

La vida política

En Italia la historia nos habla de pasión, de gusto por la política. Una política basada en complicados equilibrios, salpicada de intrigas, maniobras y conjuras.

En 1923, Mussolini se hace con el poder. Pocos recuerdan que llevó tropas al Brennero, plantándose ante un Hitler amenazador, con quien después se aliaría, pero no por ello entró en la guerra en 1939. Lo haría en 1940, cuando la victoria alemana parecía segura. Dos años más tarde Italia se desengancharía de la guerra en un verano incierto en el que hubo días en los que no se sabía bien quién era aliado y quién enemigo. La caída del *Duce* la decidió el propio Consejo Fascista. Su rocambolesca liberación la llevaron a cabo los nazis, quienes sostuvieron la República de Saló. Al final de la guerra, Italia estaba en el campo occidental, abrazada a los salvadores estadounidenses.

Las clases dirigentes aparecen en gran parte comprometidas con el fascismo. La misma monarquía cae y parte hacia el exilio. El Partido Comunista constituye una fuerza poderosa que “podría” convertir a Italia en satélite de la URSS. Algo que los occidentales, los norteamericanos en particular, no estaban dispuestos a consentir; tampoco muchos italianos, y por supuesto el Vaticano. La “contención” del peligro comunista, el liderazgo de la vida política italiana va a ser ejercido por la Democracia Cristiana, un partido de raíz católica, heredero del *Partito Popolare* del sacerdote Don Luigi Sturzo y dirigido por un hombre prestigioso: Alcide de Gasperi. Nacido en Trento cuando esta ciudad era austriaca, De Gasperi sobrevivió al fascismo gracias a la protección de la Santa Sede, trabajando en la Biblioteca Vaticana. A su lado, un joven y brillante colaborador: Giulio Andreotti.

La vida política de la República Italiana se ajustará a dos parámetros:

— Un sistema electoral proporcional que dificulta las mayorías absolutas y permite a los pequeños partidos estar presentes en el Parlamento. A partir del momento en que la Democracia Cristiana no obtenga mayorías absolutas, los pequeños partidos serán elementos claves para la gobernabilidad del país. Andando los años se llegará a un Gobierno *pentapartito*: con la Democracia Cristiana gobernarán el Partido Socialista, el Partido Republicano, el Partido Social Democrático y los liberales. Una de las consecuencias del sistema es la inestabilidad de los gobiernos: cincuenta y uno después de la guerra (duración media de diez meses). Desde 1980 han formado Gobierno Cossiga, Forlani, Spadolini, Fanfani, Craxi, Goria, de Mita, Andreotti, Amato y actualmente Ciampi. Compárese con los países democráticos de su entorno.

— No hay alternancia en el poder a la Democracia Cristiana. La DC nunca ha estado en la oposición, siempre ha ejercido el poder. La Democracia Cristiana ha cedido la jefatura del Gobierno (caso de Craxi), ha gobernado en coalición, pero ha mantenido sin interrupción su hegemonía en el Gabinete.

La otra gran fuerza política italiana es el Partido Comunista, que llegará a aproximarse en número de votos a la DC. Dentro del juego

democrático occidental el gran partido de la oposición acaba, tarde o temprano, por formar Gobierno. En Italia no. A partir de los años sesenta se especulará con la entrada en el Gobierno del Partido Comunista. Italia era ya una nación próspera, rica, que ha vivido el milagro económico, y donde el comunismo podrá levantar pasiones, pero no constituye "el peligro" de antaño. La URSS ha enterrado a Stalin. El Partido Comunista, sin embargo, aunque conquista alcaldías y ejerce una evidente influencia, nunca logrará una poltrona ministerial. Le está " vedado".

El alejamiento de los partidos de la sociedad. La corrupción

Giuliano Amato, ex primer ministro, señalaba recientemente: "Seguramente es cierto que el nivel alcanzado por la corrupción en Italia es superior a la media. Y también es cierto que en buena parte se lo debemos a la falta de alternancia de nuestro sistema de gobierno, y a la sensación de impunidad que se deriva de ello. No resulta casual que, dentro del grupo de países industrializados, nos juguemos el primer puesto con Japón, ya que nos enfrentamos a un mismo problema político."

La corrupción impregna la vida italiana. Ya se trate de una operación económica de envergadura o de solucionar los pequeños problemas de la vida cotidiana, el italiano, por principio, se pregunta a quién conoce que pueda facilitarle aquello a lo que en realidad tiene derecho, y a cambio de qué. Obviamente hay muchas excepciones, pero el ambiente que se respira es ese.

Surge la *lotizzazione*. Al día siguiente de las elecciones los representantes de los partidos políticos se reúnen, hacen "lotes" de empresas e instituciones estatales –la televisión, la química, los transportes, el petróleo...– y se los reparten en proporción a los votos obtenidos por cada uno. RAI1 a la Democracia Cristiana RAI2 al PSI. RAI3 al Partido Comunista, que también entra en el reparto, aunque no en el Gobierno. Al frente de lo que les ha tocado sitúan a sus hombres de confianza.

"Los partidos tratan de ordeñar la vaca del Estado, obteniendo dinero para sus arcas, cuando no para sus propios dirigentes", dirá con amargura Raúl Gardini. Cuando en 1992 los magistrados comienzan el famoso proceso *mani pulite* (manos limpias) salen a la luz las *tangenti* (comisiones) pagadas por los empresarios a los partidos. Algunas son gigantescas. Aparentemente todas las empresas, incluidos grupos industriales del calibre de Fiat y Olivetti, han pasado por el aro.

En el asunto ENIMONT muchos personifican lo que el sistema puede llegar a crear. ENIMONT es un conglomerado industrial surgido de la fusión del ENI (Ente Nacional de Hidrocarburos), el gran complejo petrolero del Estado italiano, con Montedison. El ENI es feudo tradicional –por *lotización* del Partido Socialista, que ha colocado al frente a Gabriele Cagliari. Montedison está controlada por el financiero Raúl Gardini, casado con la hija mayor de la riquísima familia Ferruzzi, de

Rávena. Gardini es el prototipo del financiero internacional agresivo y brillante, conocidísimo del gran público: su velero *Il Moro di Venezia* ha estado a punto de ganar para Italia la Copa de América. Gardini tiene palacios en Milán, Rávena y Venecia y ha organizado conciertos de Pavarotti en el mismísimo puerto de Rávena.

Eugenio Scalfari ha descrito muy bien el alcance del asunto ENIMONT. Para Scalfari el escándalo ENIMONT es la traca final por al menos tres razones:

“Primera, porque las comisiones pagadas a partidos y hombres políticos son las más altas: ciento cincuenta mil millones de liras aproximadamente.”

“Segunda, porque tan gigantesca cifra se ha pagado a los cinco partidos de la mayoría gubernamental, sin excluir ninguno, y todos han mantenido una *omerta générale* (silencio mañoso) para esconderla...”

“Tercera, el último aspecto de la cuestión ENIMONT es el más grave de todos. En otros casos de corrupción había un trabajo que realizar, una obra pública que ejecutar, un producto que comercializar. Una actividad económica, en suma, que llevar a cabo. Nada de esto sucede aquí. El Estado ha adquirido la totalidad de las acciones de una empresa *bidone* cuando tendría que haber vendido su parte. Y encima ha pagado por las acciones entre un veinte y un treinta por cien más de su valor. El asunto ENIMONT es el punto culminante de la larguísima historia de la química italiana. Una historia en la que el Estado ha derrochado dinero durante medio siglo y devastado nuestras finanzas sin que una verdadera industria química haya nacido. Sin el mínimo beneficio para nuestra economía. Aunque, eso sí, ha producido enriquecimientos vertiginosos, carreras fulgurantes, bancarrotas enormes. Ha atravesado la política, comprado partidos, bajo los ojos de un Parlamento que durante diez legislaturas no ha visto nada, no ha controlado nada y no ha decidido nada que no fuera ratificar cuanto el régimen quería y hacía”.

En ENIMONT, a la catástrofe financiera y a la corrupción, se unen notas que parecen sacadas de una tragedia: Gardini se suicida en su palacio de Milán antes de ser detenido. Cagliari se suicida en la cárcel. Curto, magistrado influyente, nada menos que vicepresidente de la Audiencia de Milán acaba en la cárcel.

Craxi, ante el juez Di Pietro en diciembre de 1993: “¿Fondos negros? Desde luego. Todos lo sabían. Aunque nadie hablaba. La ley sobre financiación de partidos ha sido la más hipócrita de las leyes. No veía tan sólo quien no quería ver. Los balances de los partidos llegaban al Parlamento. Pero nadie, jamás, ha hecho una observación, ha abierto una polémica... ¿El PCI? El dinero le llegaba desde Italia y del extranjero. Estén seguros que también Ferruzzi y Montedison pasaban cantidades a los comunistas... ¿Spadolini y Napolitano? Tiene poca credibilidad pensar que sean los únicos que jamás se enteraron de nada”.

¿Cómo es posible que esto sucediera sin que los mecanismos del Estado lo detectasen? Giuliano Amato nos lo explica: “La amarga experiencia de Italia sugiere muchas lecturas paradójicas en un Estado de

Derecho. Porque Italia tiene una amplia legislación y controles ejercidos por inspectores y jueces. Pero no contamos con un sistema eficaz que prevenga la corrupción. Los controles sobre la administración consisten en papeleos, en verificaciones obsesivas de la legalidad, de los procedimientos. Por esto mismo, incapaces de ver lo que se encuentra más allá”.

La caída del comunismo y la “revolución” italiana

El primer elemento que hará posible la actual “revolución italiana” es el desmoronamiento del comunismo. Si ya no hay muros, ni URSS, ni países satélites; si su política económica ha fracasado, el “peligro comunista” es cosa del pasado. Gentes dispuestas a cerrar los ojos y pagar cualquier precio a fin de evitar el comunismo buscan ahora soluciones a los problemas –graves– de la sociedad italiana. Ya no hay que dar el voto a la Democracia Cristiana –o a otros partidos– como un mal menor. Todos esos votantes, que sufren los problemas de Italia y la incapacidad de los partidos para resolverlos, buscan ahora nuevos modos de participación política.

Cario de Benedetti, presidente de Olivetti, declarará antes de su detención: “Se ha hundido un sistema que, mientras éramos frontera con los países del Este y con el comunismo, tenía una especie de seguro de vida y hacía lo que quería con los ciudadanos y con el Estado. Hay quien dice que los partidos han ocupado el Estado. Yo digo algo mucho peor: los partidos han sustituido al Estado. De transmisores del consenso se han transformado en simples detentadores del poder. Y ya ni siquiera los partidos: personas individuales. Ahora estamos sin partidos y sin Estado”.

Durante largo tiempo observadores superficiales han quitado importancia al desorden del sector público italiano. Se justificaban en la amplitud de la economía sumergida –algunos economistas la estiman por encima del treinta y cinco por cien del PIB– y en la capacidad de los italianos de *arrangiarsi*, de vivir al margen de una burocracia farragosa y creciente. La capacidad italiana de salir adelante y superar dificultades es, justamente, proverbial. Pero no basta: el cada vez más deficiente funcionamiento del sector público y el progresivo alejamiento de los partidos de la sociedad acaban arrastrando al país.

El sistema de libre empresa exige que se cumplan ciertas reglas. Italia no las estaba cumpliendo, porque a menudo –y con todas las excepciones que se quieran– lo que importaba para conseguir un contrato o un empleo no era ofrecer el mejor servicio o producto, ser el más capaz, sino disponer de amigos y contactos. El precio lo tenía que pagar la entera sociedad recibiendo prestaciones inferiores. Y todo ello financiado mediante un déficit público que *The Economist* cifra en un tercio de la deuda total de los doce países comunitarios.

Para Mario Monti, “se ha deslegitimado el sistema de economía de mercado, algo grave para una Italia que trata de seguir el camino de otras

grandes economías industriales. Los mismos bancos, en gran parte propiedad pública, parecen haber sido sometidos a presiones para conceder créditos y facilidades incobrables. Muchos de sus responsables tienen claras referencias político-partidistas, consecuencia de la *lotización*. La crisis actual puede llevar a Italia a una moderna economía de mercado, con unas reglas que todos deben cumplir. O, por el contrario, a un renacimiento de los controles políticos y administrativos, en contra de lo que sucede en Europa y en el mundo. Estamos en el filo de la navaja”.

A las razones de “pérdida de eficacia” hay que añadir otras más profundas: había un hastío general contra la prepotencia, contra la corrupción, contra el abuso de quienes “vendían” lo que estaban obligados a dar. Indignación contra tanto aprovechado, con el que forzosamente había que pactar si no se quería que los asuntos –la vivienda, la educación de los hijos, el hospital, el permiso administrativo, las ayudas oficiales, los créditos...– se atascaran o sencillamente no salieran. Indignación que a menudo se ocultaba con una sonrisa. El cine italiano nos ha dejado escenas magistrales.

“Italia –ha escrito Norberto Bobbio– siempre ha sido un país trágico. A pesar de que las máscaras a través de las cuales nos conocen y juzgan los extranjeros son máscaras cómicas. Un país trágico incluso si la mayor parte de los italianos no lo saben, o fingén no saberlo. O mejor: no quieren saberlo”.

Ese hastío general ha hecho que el proceso *mani pulite* haya tenido tal desarrollo. La chispa cayó en una estructura que tras una aparente fachada de solidez estaba carcomida. Y ha cogido por sorpresa a todos: a los políticos y a la propia sociedad. Andreotti es uno de los hombres públicos más experimentados que existen; en su larga carrera ha tratado personajes del calibre de Churchill, De Gaulle, Kennedy, Jruschov, Nasser, Pío XII, Pablo VI, Tito, Monet, Schumann. Nunca el gran zorro Andreotti había imaginado lo que se le venía encima. Hasta el punto de haber declarado que hubiera preferido la suerte de Aldo Moro; es decir, una muerte trágica. Nunca, hace un año, hubiera imaginado Craxi la catástrofe del Partido Socialista Italiano, y los procesos que le esperan. Tampoco lo imaginaban millones de italianos, resignados –aparentemente– con su fatalidad.

Iniciado el incendio, los políticos –inconscientes de la crisis de la que eran protagonistas– creen poder dominarlo. Preparan una ley del “borrón y cuenta nueva”. Pero no están en la realidad. En Milán la gente se echa a la calle. Y el presidente de la república, Scalfaro, detiene la ley. Los procesos se precipitan. Nombres excelentes son llamados a declarar: primeros ministros, ministros, presidentes de empresas, personalidades. Comienzan los arrestos domiciliarios, los ingresos en prisión, la tragedia de los suicidios.

Llegados a este punto habría que destacar algo que, aun siendo obvio, ciertos catastrofistas parecen ignorar.

Italia es un gran país. Miembro de la Unión Europea, de la OTAN, del exclusivo Grupo de los Siete. Un país, bien trabado, con asociaciones y

confraternitas, con su legendaria estructura familiar. Con empresas rentables. Con multinacionales. Con enorme capacidad exportadora y superávit comercial. Con una corriente turística de primera magnitud. Con un gran contrapeso socio-cultural. Con un talento político proverbial. Y todo eso subsiste. Lo que ha entrado en crisis son las corrupciones y deformaciones provocadas por un sistema de gobierno. No es poco, desde luego. Pero eso es todo. La “revolución” italiana nada tiene, pues, que ver con otras situaciones, como Rusia por ejemplo, que exigen un cambio absoluto: la economía, el sistema político, usos sociales arraigados... En favorosas condiciones económicas, con pesadas herencias de todo tipo; con poblaciones desmoralizadas. Sin saber a dónde ir y por qué camino. Con grupos que conspiran. No es éste, en modo alguno, el caso de Italia.

Las incógnitas son importantes y numerosas. Nos referimos a cuatro: los procesos judiciales, los partidos políticos, las elecciones legislativas y la Mafia.

¿Cuándo se cerrarán y fallarán los procesos judiciales abiertos? ¿Cuántos nuevos procesos se abrirán? ¿Quiénes son responsables: los que se aprovecharon, los que sólo mediaron, los que consistieron, los que no quisieron ver? Muchos se justifican afirmando que obedecían órdenes, y que de no haberlas cumplido habrían perdido sus empleos. Por otro lado, junto a empresas creadas con la exclusiva finalidad de sacar tajada de la situación, otras alegan que de no haber pagado no hubieran trabajado, y se consideran ellas mismas “extorsionadas”. ¿Se va a devolver el dinero cobrado ilícitamente?

Los magistrados de la investigación *manos limpias* han escrito: “Han transcurrido veinte meses desde el inicio de la investigación *manos limpias*. Los magistrados tienen frente a ellos a más de mil investigados, doscientos juicios pendientes, cerca de quinientos procedimientos de reclusión preventiva. Y pronto llegarán otros. De hecho se ha creado una especie de espiral creciente [...] Dos exigencias siguen siendo inamovibles: tienen que desvelarse todas las ilegalidades cometidas. Y se debe llegar a este descubrimiento lo antes posible. La rapidez es necesaria también porque se ha hecho difícil cumplir otras funciones del Estado, como por ejemplo la definición de las contratas públicas [...] Pero además hay otro motivo para sacar todo a la luz urgentemente: el riesgo de chantaje. De hecho, hasta que se haya descubierto todo, seguirá habiendo muchas posibilidades de chantaje por parte de quienes conocen operaciones ilícitas aún no desveladas [...]”.

¿Cuándo terminará la investigación *manos limpias**? Creemos que tendrá un final. Pero que debe pensarse en años más que en meses. Podrá ponerse la palabra fin cuando se hayan evidenciado todas las irregularidades cometidas. Y, por lo tanto, cuando se haya descubierto todo. Lo exigen razones de justicia general, que imponen el no dar un trato de privilegio a unos (a quienes todavía no se ha descubierto) respecto a otros a quienes sí se ha descubierto. Pero además tenemos serios motivos para pensar que, en los ambientes que la investigación ha dejado a un lado por ahora, persiste el mismo sistema de ilegalidades, los mismos mecanismos

ilegítimos de regular las relaciones entre lo público y lo privado. De hecho pensamos que el sistema todavía sigue vivo y, quizá, incluso en algún sector ya investigado”.

El caso del magistrado Curto, vicepresidente de la Audiencia de Milán, muestra hasta qué punto están arraigados los malos hábitos. Curto recibió una comisión ilegal de ENIMONT, en Suiza, a finales de julio de 1993. Es decir, cuando ya se habían suicidado Cagliari y Gardini, y los magistrados de Milán investigaban a fondo el caso ENIMONT. Posteriormente era detenido el cajero de la mismísima Liga del Norte por recibir, ilegalmente, doscientos millones de liras.

Hay que señalar otro punto importante: la incertidumbre actual perjudica a empresas y directivos que no se sabe con exactitud en qué situación puedan encontrarse; lo cual –aparte del coste personal– afecta a su cifra de negocios y, en consecuencia, al futuro de muchos trabajadores.

Los tres grandes partidos tradicionales experimentan hondas convulsiones. El Partido Comunista, el más fuerte de Occidente, con líderes históricos como Togliatti o Berlinguer, se transforma y abandona su mítico nombre. De él han salido el Partido Democrático de la Izquierda (PDS) de Ochetto, de tendencia reformista, y Refundación Comunista, que agrupa a los “duros”. El PDS es el gran triunfador en las últimas elecciones municipales. Ha agrupado al polo de izquierdas. Ochetto se ha contemplado como futuro presidente de Gobierno, y en todo caso como el hombre-fuerte. Hasta el momento, el PDS no se ha visto afectado gravemente por el asunto de las comisiones ilegales, a pesar de diversas acusaciones.

La Democracia Cristiana se ha escindido definitivamente. Desaparece el mítico nombre. Surgen el *Partido Popolare Italiano*, que agrupa al sector mayoritario, convocatoria de centro, liderado por Martinazzoli; y el Centro Cristiano Democrático, de ala conservadora. El Partido Socialista, derrotado en su feudo histórico de Milán, con un Craxi al que aguarda una batería de procesos, está desarbolado.

Han aparecido nuevos grupos políticos. La Liga del Norte es un movimiento de carácter populista que se opone a la corrupción, los viejos modos políticos, una administración inútil y derrochona, el subvencionismo ineficaz de las regiones del Sur. Su concepción “federalista” del Estado ha provocado alarmas. Según su proyecto, Italia sería una libre asociación de tres repúblicas: Padana, Etruria y Sur. A la unión se adhieren las regiones autónomas de Sicilia, Valle de Aosta, Trentino, Alto Adige y Friuli-Venecia. Ante la alarma que la idea ha provocado, Bossi, líder de la Liga, ha dicho que el proyecto era sólo una “hipótesis de trabajo”. La Liga conquistó la alcaldía de Milán, pero no ha logrado ninguna gran ciudad en las últimas elecciones. A pesar de su fuerza necesita aliados. La Liga tiene mucho de movimiento de protesta, y poco de auténtico partido político. Su parábola política parece descendiente, y parte de sus votantes podrían decantarse hacia otras formaciones, al menos a medio plazo.

La Rete, nacida en Palermo, es dirigida por el antiguo alcalde, Leolucca Orlando, de origen democristiano. Orlando ha conseguido un

éxito clamoroso en las recientes elecciones municipales: fue el único alcalde de gran ciudad elegido en la primera vuelta con el setenta y cuatro por cien. Todo un plebiscito a favor de un hombre amenazado por la Mafia, que la combate desde su epicentro.

El Movimiento Social Italiano (MSI) ha irrumpido con una fuerza que nadie le prestaba. En las elecciones municipales fue en la primera vuelta el partido más votado en Roma y Nápoles, perdiendo en la segunda por corta diferencia.

El Movimiento Referendario de Mario Segni plantea, con raíces democristianas, un nuevo ordenamiento federal del Estado. A última hora entra en escena Silvio Berlusconi, presidente de Fininvest, del Milán Club de Fútbol, gran magnate de la televisión privada, de la comunicación, de la publicidad. Berlusconi intenta plantar cara a la izquierda, a los antiguos comunistas.

El 27 y 28 de marzo tendrán lugar elecciones legislativas. La convocatoria ha sido difícil. El presidente Scalfaro ha dicho ante un grupo de estudiantes que “se ha hecho todo lo posible, desde el punto de vista político y desde el plano personal, para impedir que yo firmara la disolución del Parlamento. Todo se ha intentado”. A nadie se le escapa su importancia. Una nueva ley electoral, aprobada en agosto, cambiará el sistema que había regido la República Italiana. A partir de ahora, Cámara y Senado serán elegidos, en un setenta y cinco por cien, por un sistema uninominal; el veinticinco por cien restante por un sistema proporcional corregido. Las elecciones se harán a una sola vuelta.

¿Qué partidos o agrupaciones tendrán mayoría? Es la gran pregunta, para la que no hay sino hipótesis.

Las recientes elecciones municipales han sido vistas como una prefiguración del futuro Parlamento: un polo de izquierda, liderado por el PSD de Ochetto; y otro de derecha, que todavía tiene que definirse. En este esquema quedan “marginalizadas” las fuerzas de centro que, sin embargo, sociológicamente, tienen peso fundamental en un país como Italia. Todos aspiran a “canibalizarlas”.

El politólogo Giovanni Sartori ha escrito: De la ruina del centro emergiría, según muchos comentaristas, una Italia bipolar, que finalmente anunciaría una democracia desbloqueada: la democracia con alternativa. Todo esto sería muy hermoso, desde luego. Pero: ¿es así?

El concepto de sistema bipartidista, o bipolar, se aplica a partidos de extensión nacional; que están significativamente presentes en todo el territorio de un país... Con el sistema uninominal la minoría mayoritaria se alza con el escaño. Y así podríamos encontrarnos con tres Italías. Y tres Italías no hacen ni un sistema bipolar, ni tripolar, ni uno. Constituyen una Italia *trina*. Es decir, un sistema en pedazos. Que no es, por tanto, un sistema.

La Mafia

En los últimos años, altos responsables de la lucha contra la Mafia –el general Della Chiesa, los magistrados Borsellino y Falcone– han sido asesinados. Sabían que, a pesar de los coches blindados, las escoltas, los aviones especiales, podían ser víctimas. De la Mafia, desde luego. Pero, ¿había alguien más detrás de sus atentados? Una hipótesis terrible: la clase política.

El propio Andreotti está siendo acusado de relación con importantes mañosos y de responsabilidad en un asesinato. Hay que señalar que el tantas veces presidente del Consejo y ministro niega firmemente la acusación, que considera gravísima calumnia. También que un estrecho colaborador suyo en Sicilia, Salvo Lima, era asesinado hace unos meses. Según sus enemigos era punto de conexión entre la Mafia y la política, y habría sido asesinado por no haber honrado acuerdos.

A mediados de julio, el sociólogo Francesco Alberoni declaraba en Madrid: “La Mafia ha sido destruida. Habrá criminalidad. Pero el poder mañoso ha sido destruido. Y esto se debe a las importantísimas transformaciones ocurridas en nuestra sociedad”.

Días más tarde estallaban bombas en Roma, basílica de San Juan de Letrán antigua iglesia de San Giorgio al Velabro, y en Milán en la Villa Reale y en la Gallería Moderna. San Juan de Letrán, es la Catedral de Roma, cuyo obispo es el Papa. En mayo, el inundo se había estremecido con la explosión que puso en peligro la Gallería degli Uffizi en Florencia, en la que murieron cinco personas.

¿Está herida de muerte la Mafia? ¿Por qué estos atentados? Ochetto, hacia el siguiente análisis: “Las bombas las ha puesto la otra cara del Estado. Hay quien hace política con las bombas. Son los que han tenido en su mano el gobierno real de Italia durante mucho tiempo. Los nombres y apellidos de personas del gobierno legal y del gobierno real a veces coinciden.”

Tangentópolis no es únicamente el dinero de unas comisiones, sino el gobierno oculto de la riqueza y del poder en Italia. Este gobierno real creaba riqueza para su propio uso y consumo, y reciclaba dinero. Para estas operaciones entraba en contacto con la Mafia, con la criminalidad. A estas gentes les pedía favores, y a veces las protegía.”

Hace unos meses Bill Emmott, director de *The Economist*, veía así la situación italiana: “La democracia italiana se está renovando. Es un proceso que exigirá tiempo. Es necesario un líder fuerte, que por el momento no ha aparecido. Pero no hay que tener miedo: Italia tiene excepcionales talentos políticos todavía escondidos. Ya surgirán. Si el Gobierno que salga del próximo Parlamento no funciona, entonces podría haber algún microscópico riesgo. Pero no por parte de los militares, sino de alguien poco democrático que introduzca los cambios que se necesitan. Estimo, sin embargo, que el único desafío previsible contra los cimientos del Estado italiano no va dirigido contra el sistema democrático sino contra su unidad. Hipotéticamente se puede imaginar

más fácilmente una Italia que se divide que una Italia en manos de un nuevo Mussolini”.

También hace unos meses, Norberto Bobbio reflexionaba sobre las dificultades y situación de su país: “Hasta hace poco, algunos ingenuos podían pensar que pasaríamos de lo viejo a lo nuevo sin grandes sacudidas. Según las formas y ritmos, y el gran final, de la comedia, o mejor, de la farsa italiana. Hoy ya nadie lo cree. Atravesamos momentos trágicos de la historia republicana. En realidad la tragedia apenas ha comenzado. Más bien estamos todavía en un prólogo”.